

¡Vivos, contra todo y contra todos! Los pueblos indígenas de Brasil enfrentan el genocidio*

Alcida Rita Ramos

*Piensen que esto ocurrió:
les mando estas palabras.
Grábenlas en sus corazones, estando
en casa, andando en la calle, al acostarse
al levantarse;
repítanlas a sus hijos.*

Primo Levi, Si esto es un hombre

El bárbaro, inicialmente, es el hombre que cree en la barbarie
Claude Lévi-Strauss, 1976

Resumen

Empezando con la problemática general del genocidio, el artículo se dirige al caso específico de los pueblos indígenas en Brasil. Con números aterradoros, el martirio de los indios en el país alcanzó su auge en tiempos modernos durante los 21 años de dictadura militar. Focalizando en tres casos concretos, el texto demuestra que la negligencia, la omisión, la connivencia y la complicidad del Estado con intereses de toda orden resultaron en pérdidas de vidas y de tierras de decenas, si no centenas, de pueblos indígenas brasileños. Relatos detallados demuestran nítidamente a qué punto llegaron los grupos que, desafortunadamente, vivían en tierras codiciadas por agentes de proyectos estatales y privados. En los casos analizados, vemos también que, aunque estuvieran al borde de la extinción, los indígenas mostraron un grado de resiliencia de tal orden que los impulsó a sobrevivir a todo y a todos y entraron al siglo XXI con tierras oficialmente reconocidas y un número creciente de habitantes.

Palabras clave: pueblos indígenas, Brasil, dictadura, exterminio, sobrevivencia

* Me temo que algunos colegas de vena formalista hagan objeciones al modo como presento este artículo. Debo aclarar que, por inclinación personal y por el contenido del asunto tratado, evito cualquier tipo de jerga académica, porque entiendo que esta confunde más de lo que ilumina y que puede, inclusive, servir de escudo frente a la pobreza discursiva. Si debo escoger un estilo para narrar temas tan neurálgicos como el genocidio, opto por la fluidez narrativa en detrimento de cualquier elaboración que se pretenda teórica.

Abstract

Beginning with the general issue of genocide, the article then addresses the specific case of indigenous peoples in Brazil. Staggering figures show the dimension of mortality during the twenty-one years of military dictatorship. Focusing on three cases, the text exposes the recklessness, omission, connivance, and complicity of the State with all sorts of interests, which led to the loss of lives and land for dozens, if not thousands of indigenous peoples. Detailed reports clearly show the extent to which groups that were unfortunate enough to live on lands coveted by both state and private development schemes. The cases analyzed here also reveal that even on the verge of extinction, the Indians displayed such a high degree of resilience that propelled them to survive against all odds and to enter the twenty-first century with their own lands, officially recognized, while their numbers increase.

Keywords: *Indigenous peoples, Brazil, dictatorship, extinction, survival.*

Introducción

En este texto abordo el problema del genocidio indígena en el Brasil en los últimos 50 años. En un país que quiere ser conocido como la patria del “hombre cordial”,¹ indicar atrocidades y acciones genocidas, en especial contra pueblos indígenas, no es algo común y tal vez sí sea algo cuidadosamente ocultado. Todavía es menos común darlas a conocer al mundo. Por eso creo que, ya avanzado el siglo XXI, es más que llegado el momento de rendir homenaje a aquellos que perecieron por el mero hecho de ser indígenas. Dentro del número abominablemente alto de casos de genocidio indígena, selecciono tres que están muy bien documentados y exponen cruda y patéticamente quiénes son los bárbaros en este país. Sin ignorar situaciones extremas de crímenes de lesa humanidad en territorio brasileño, trataré más exhaustivamente de las situaciones de los xetá en el estado de Paraná en la década de 1960, los yanomami en el extremo norte del país en los años 1990 y los avá-canoeiro en el Brasil Central entre las décadas de 1970 y 1980. Los tres casos fueron objeto de potentes análisis antropológicos, ya que los antropólogos-relatores convivieron directamente con las víctimas de las violencias, tanto del Estado como de la sociedad nacional. Los yanomami y los avá-canoeiro fueron acompañados muy de cerca por antropólogos-testigos. Por eso, al presentarlos, doy voz a los propios indígenas lo máximo posible, así como a sus aliados, también narradores de su

agonía. No hay teoría antropológica u otra que les haga tanta justicia.

Diferente al holocausto judío del siglo XX, extremo y concentrado, el proceso de exterminio de los pueblos indígenas de las Américas es un fenómeno igualmente violento, pero de larga duración y que toma muchas formas distintas. Las más comunes prescindieron de ejecuciones sumarias al estilo nazi de cámaras de gas y hornos crematorios, lo cual no las ha hecho menos devastadoras e infalibles. En Brasil, específicamente, se puede matar a los indios hasta con regalos, como en el caso de los frentes de atracción, tradición oficial de conducir a los pueblos indígenas a la dependencia del Estado.²

Las discusiones un tanto bizantinas trabadas alrededor de lo que sería una correcta definición de genocidio –si se debe restringir a los actos de gobierno o no, si debe ser intencional o no, si debe tener carácter individual o colectivo– dejan un amargo sabor a desánimo, para no decir indignación, a aquellos que nos preocupamos por la vida de los pueblos indígenas. Allí donde esperamos contar con el apoyo y la solidaridad de profesionales competentes, encontramos muchas veces los juegos semánticos de quienes se atienen a filigranas jurídicas que confunden más de lo que aclaran. Desde que el jurista judío polaco Raphaël Lemkin acuñó el término genocidio en 1943,³ las discusiones sobre el uso jurídico y político de ese concepto han producido una vasta literatura a lo largo de las últimas décadas.⁴ Su definición de genocidio, al mismo tiempo, era sucinta y amplia: “Por genocidio entendemos la destrucción de

¹ Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 21ª ed., Rio de Janeiro: José Olympio, 1982 [1936].

² Alcida Rita Ramos, *Seduced and Abandoned. The Taming of Brazilian Indians. Questioning Otherness. An interdisciplinary Exchange*. Papers from the 1995 Distinguished International Lecture Series (Virginia R. Dominguez & Catherine M. Lewis, comps.) University of Iowa, 1995a, pp. 1-23; Alcida Rita Ramos, *Indigenism. Ethnic Politics in Brazil*, Madison: University of Wisconsin Press, 1998.

³ Raphaël Lemkin, “Genocide” en Alexander Laban Hinton, *Genocide. An Anthropological Reader*, London: Blackwell, 2002, pp. 27-42.

⁴ Por ejemplo, ver William L. Patterson, *We Charge Genocide. The Crime of Government Against the Negro People*, New York: International Publishers, 3ª ed., 1951; Leo Kuper, *Genocide*, New Haven: Yale University Press, 1981; Alexander Laban Hinton, *Annihilating Difference. The Anthropology of Genocide*, Berkeley: University of California

una nación o de un grupo étnico". Con ese término, Lemkin se refiere a:

un plan coordinado de diferentes acciones destinadas a la destrucción de los cimientos esenciales para la vida de grupos nacionales, con el propósito de aniquilar a los propios grupos. Los objetivos de ese plan serían la desintegración de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, la lengua, los sentimientos nacionales, la religión y la existencia económica de grupos nacionales, así como la destrucción de la seguridad, la libertad, la salud, la dignidad y hasta la vida de los individuos pertenecientes a tales grupos. El genocidio está dirigido directamente contra los individuos, no en su capacidad individual sino como miembros de grupos nacionales.⁵

Consternados, constatamos los modos en que la definición original de Lemkin ha sido diluida a lo largo del tiempo al pasar de una convención a otra sobre derechos humanos internacionales,⁶ reduciendo las responsabilidades y generando injusticias en el mundo. Entonces, se produce, como lamenta Stefan Zweig, "un silencio que hoy pesa como plomo sobre tantas naciones, sobre tantos pueblos que hasta ayer eran libres y cuya voz era para nosotros como la voz de hermanos" (2013a [1921], p. 275). Pues, más allá de la palabrería chic de buena parte del *jurismo* internacional, "Genocide is genocide, period" (Genocidio es genocidio, y punto), como afirma Bartolomé Clavero (2008, p. 3).

¿Por qué, en lugar de seguir los pasos, tal vez sensatos, de David Rief⁷ o de Fre-

drich Nietzsche⁸ e intentar olvidar las tragedias de la historia, insistimos en recordarlas? Si hay ventajas en el olvido para hacer el presente más leve, hay también, si no ventajas, al menos compromisos éticos y políticos que claman por memorias dolorosas sobre actos humanos que nunca deberían haber ocurrido en el pasado, mucho menos en el presente y mucho menos todavía en el futuro. Masacres, desalojos, guerras de limpieza étnica continúan acaeciendo como si nada hubiéramos aprendido de la historia. Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, dedicó el resto de su vida libre a mantener vivas las desgarradoras memorias de la existencia subhumana en el *Lager* nazi. Con una lucidez admirable, Levi escudriña los espacios más recónditos de la crueldad humana, imposibles de imaginar para mentes sanas. Por respeto a él y a todos sus semejantes que cayeron en las redes de la insania moral, incluyendo allí a los millares de indígenas que desaparecieron, en el fondo, para nada, creo que vale la pena visitar algunas historias de terror interétnico, repitiendo la pregunta indignada de Kenneth Ross: ¿Qué lleva a una sociedad a buscar erradicar a una categoría de personas? ¿Cuál combinación de odio y miedo lleva a las personas a ver a sus semejantes no como seres humanos con el derecho a vivir sus vidas sino como una presencia intolerable que debe ser aislada y eliminada?⁹

Preguntas como estas que nunca se callarán nos transportan del Viejo Mundo a las Américas y a la tragedia de los pue-

Press, 2002a; Alexander Laban Hinton (comp.), *Genocide. An Anthropological Reader*, London: Blackwell, 2002b; Samantha Power, "A Problem from Hell". *America and the Age of Genocide*, New York: Basic Books, 2013; Jacques Sémelin, *Purificar e destruir. Usos políticos dos massacres e dos genocídios*, Rio de Janeiro: Difel, 2005; Adam Jones, *Genocide. A Comprehensive Introduction*, 2ª ed., London: Routledge, 2006; Bartolomé Clavero, *Genocide or Ethnocide, 1933-2007*, Milano: Giuffrè Editore, 2008; entre muchos otros.

⁵ Lemkin 2002, ob. cit., p. 27 [mi traducción].

⁶ Hinton 2002 a, ob. cit.

⁷ David Rief, *In Praise of Forgetting. Historical Memory and its Ironies*, New Haven: Yale University Press, 2016.

⁸ Alexander Laban Hinton, *Annihilating Difference...*, ob. cit..

⁹ Kenneth Ross, "Foreword" en Alexander Laban Hinton (comp.), *Annihilating Difference. The Anthropology of Genocide*, Berkeley: University of California Press, 2002, pp. ix-x.

blos indígenas, causada por la expansión de Europa. Al final, la matriz humana que diezmó judíos, gitanos y tantos otros es la misma que creó el caos en el Nuevo Mundo. Lo que sigue es un ejemplo de lo que se perpetró en Brasil.

En pauta estarán aquí no la pasión y la muerte de los grandes héroes y mártires, sino las de las "pequeñas" víctimas, la "pequeña" muerte de la gran masa

Viktor E. Frankl¹⁰

Por cuestión de espacio, en este artículo me vuelco sobre tres situaciones que representan una fracción mínima de casos de indudable exterminio individual y colectivo de indígenas en Brasil en los últimos cincuenta años. Así les ahorro a los lectores toda la carnicería que vino desde los tiempos coloniales. La literatura sobre ese largo período de violencia contra los indígenas no es tan abundante como podría ser; no obstante, la información que existe da a conocer ese pasado sombrío y vergonzoso para quien quiera saber sobre algunas de las sórdidas bases en que este país ha plantado sus cimientos.¹¹ De esa historia de ignominia, aparentemente, no se aprendió nada, como demuestra lo que sigue.

Monstruos existen, pero son muy pocos para ser peligrosos. Más peligrosos son los hombres

comunes, los funcionarios listos para creer y actuar sin hacer preguntas

Primo Levi¹²

Es espantoso que existe [sic] en la estructura administrativa del País oficina que haya caído hasta tan bajos patrones de decencia. Y que haya funcionarios públicos cuya bestialidad haya alcanzado tal exceso de perversidad. Vendieron niños indefensos para servir a los instintos de individuos inhumanos. Torturas contra niños y adultos, en monstruosos y lentos suplicios con el pretexto de impartir justicia.¹³

Leemos este pasaje desolador bien al comienzo del documento que chocó a la Comisión Nacional de la Verdad (2012-2014), instalada para averiguar crímenes cometidos durante la dictadura militar en Brasil entre 1964 y 1985. Se trata del Informe Figueiredo, de 1967, voluminoso documento oficial de cerca de siete mil páginas resultante de una minuciosa investigación parlamentaria sobre los crímenes perpetrados por el Servicio de Protección a los Indios (SPI) contra los pueblos indígenas, sus presuntos "tutelados", años antes del golpe militar de 1964. La investigación constató que el SPI "fue antro de innumerable corrupción durante muchos años (*idem*, p. 2). Desaparecido desde su presentación al entonces ministro del Interior, General Albuquerque Lima, en

¹⁰ Viktor E. Frankl, *Em Busca de Sentido*, 42ª ed., Petrópolis: Vozes, 2017 [1947].

¹¹ Sobre siglos anteriores ver John Bodley, *Victims of Progress*. Memlo Park: Benjamin/Cummings, 1975; Carneiro da Cunha (comp.), *História dos Índios no Brasil*, São Paulo: Fapesp/SMC/Companhia das Letras, 1992; Ferguson & Whitehead (comps.), *War in the Tribal Zone*. Santa Fe: School of American Research Press, 1992; Guillermo Giucci, *Sem Fé. Sem Lei ou Rei: Brasil, 1500-1532*, Rio de Janeiro: Rocco, 1993; John Hemming, *Red Gold. The conquest of the Brazilian Indians*, London: Macmillan, 1978; Jaulin, 1973, em Hal Langfur, *Colonial Identity, Frontier Violence, and the Persistence of Brazil's Eastern Indians, 1750-1830*, Stanford, Stanford University Press, 2006; Hal Langfur (comp.), *Native Brazil. Beyond the Convert and the Cannibal, 1500-1900*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014; Claude Lévi-Strauss, "Raça e história" em *Antropologia Estrutural Dois*, Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1976, pp. 328-366; Paul Little, *Amazonia. Territorial Struggles on Perennial Frontiers*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001; Alexander Marchant, *From Barter to Slavery. The Economic relations of Portuguese and Indians in the Settlement of Brazil, 1500-1580*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1942; Monteiro 1994; Carlos Moreira Neto, *Índios da Amazônia: De maioria a minoria, 1500-1850*, Petrópolis: Vozes, 1988; Darcy Ribeiro, *Os Índios e a Civilização*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1970; Darcy Ribeiro e Carlos Moreira Neto, *A Fundação do Brasil*, Petrópolis: Vozes, 1992; Francisco Jorge dos Santos, *Além da Conquista. Guerras e rebeliões indígenas na Amazônia pombalina*, Manaus: EDUA, 2002; Sweet, 1974; Ronaldo Vainfas, *A Heresia dos Índios. Catolicismo e rebeldia no Brasil colonial*, 1995.

¹² Primo Levi, *The Reawakening*, New York: Touchstone, 1965.

¹³ Relatório Figueiredo, Ministério do Interior, República Federativa do Brasil, 1968, p. 2.

1968, ese formidable documento, dado al público en 2013, fue encontrado un año antes por un miembro del grupo Tortura Nunca Más entre los archivos referentes al SPI en el Museo del Indio en Río de Janeiro. El Procurador Jáder de Figueiredo Correia, autor del Informe, y su equipo recorrieron “más de 16.000 kilómetros por el interior del país... y visitaron más de 130 puestos indígenas”.¹⁴

Prácticamente cada página del Informe es un desfile de atrocidades:

El “tronco” [cepo] era... el más frecuente de todos los castigos, imperando en la 7ª Inspección. Consistía en la trituración del tobillo de la víctima, colocado entre dos estacas juntas en ángulo agudo. Las extremidades, conectadas por roldanas, se acercaban lenta y continuamente. (Informe Figueiredo, p. 3).

Cuando, a inicios de 1980, participé de una investigación en la aldea Ligeiro, en Río Grande del Sur, oí a un asustadizo residente kaingang susurrarme de prisa un ruego improvisado contra el uso del “tronco” que estaba allí, en el sótano del salón de fiestas del puesto de la Funai,¹⁵ me imaginé que se trataba de un castigo al estilo de una picota, con azotes y gritos. El Informe Figueiredo, al corregir mi equívoco, me transportó de vuelta a Ligeiro y a la profunda perplejidad que sentí al oír la queja del indígena, demasiado rápida para una reacción de mi parte antes de que se evaporara al escuchar los pasos de alguien que se aproximaba. Se trataba del área cubierta por la antigua 7ª Inspección del SPI, donde, trece años después, la práctica del tronco sobrevivía al Informe y a la indignación de su relator.

Veamos algunos ejemplos de cómo los puestos del SPI eran administrados. El funcionario Alvaro de Carvalho fue acusado de haber cometido cinco infracciones, entre ellas: “Crimen de muerte practicado en la persona del indígena Narcizinho, después de colgarlo por los pulgares y darle una paliza (Puesto Cacique Doble, IR-7)”... “Ataíde Inácio Cardoso [dos infracciones]: Coacción a la india Leonora, de la tribu Tucano, del alto río Negro, para amante de Manoel Moreira de Araújo”... “Boanerges Fagundes de Oliveira [nueve infracciones]: Sedujo una india cuando presidía una Comisión de Investigación Administrativa en la Isla del Bananal”... “Dival José de Souza [28 infracciones]: Sabía de las torturas a los indios infligidas por los hermanos Bueno y nunca tomó providencias, a pesar de las súplicas de los indígenas”... “Djalma Mongenot [dos infracciones]: Desfloró una india Terena del Puesto Indígena Ipegue, en el propio recinto de la sede de la Inspección”... “Eurico Castelo Branco [tres infracciones]: 1. Aplicaba a los indios el suplicio del “tronco” en Nonoai... 3. Rompió el cofre de la Hacienda San Marcos para retirar documentos:... “Flávio de Abreu [23 infracciones]: 1. Esclavización de los indios en provecho propio... 3. Cambió a la india Rosa por una estufa de barro con el Sr. Seabra y luego mandó zurrar al padre de la misma, en virtud del reclamo realizado. 4. Responsable por la golpiza al indio Cecilio de 7 años de edad... Ídem al joven indio Lalico... 6. Solía forzar a los indios a golpear a sus madres, castigando al indio Salu por haberse negado”... “Heróides Texeira [tres infracciones]: 1. Cárcel privado de indios: construyó una prisión dentro de la putrefacción de las caballerizas, sin aire e iluminación”.

¹⁴ Ana Catarina Zema de Resende, *O Relatório Figueiredo, as violações dos direitos dos povos indígenas no Brasil, dos anos 1960 e a “justa memória”*. Conselho Nacional de Pesquisa e Pós-Graduação em Direito. Florianópolis, XXIV Encontro Nacional do Conpedi – UFS, 2015, p. 496. Ver Rodrigo Lins Barbosa, *O Estado e a Questão Indígena: Crimes e corrupção no SPI e na Funai (1964-1969)*, Recife, Dissertação de Mestrado em História, Universidade Federal de Pernambuco, 2016.

¹⁵ La Fundación Nacional del Indio (Funai) sustituyó en 1967 al SPI y se convirtió hasta el presente en el órgano indigenista del estado brasileño.

Y así transcurre el Informe Figueiredo, a lo largo de 51 páginas (16-67) escritas en espacio simple, exponiendo los crímenes de 131 funcionarios del SPI, inclusive del notorio director Mayor de Aviación Luiz Vinhas Neves, acusado de 42 irregularidades, la mayoría de cuño administrativo, corrupción generalizada y malversación de dineros destinados a las aldeas indígenas.¹⁶ El informe Figueiredo también “denuncia la introducción deliberada de viruela, gripe, tuberculosis y sarampión entre los indios”.¹⁷

Si pasamos del Informe Figueiredo de 1968 al Informe de la Comisión Nacional de la Verdad (CNV) de 2014, enterramos completamente la esperanza en la eficacia educativa de las lecciones del pasado. Entre 1946 y 1988 fueron “al menos 8.350 indígenas muertos... como consecuencia de la acción directa de agentes gubernamentales o de su omisión”, contando apenas los casos que constan en el levantamiento de la CNV. El número real de indígenas muertos en el período debe ser exponencialmente mayor”.¹⁸

Dos productos especialmente perversos de la política indigenista durante la dictadura militar fueron la prisión, eufemísticamente llamada reformatorio para indígenas “infractores”, instalada en Minas Gerais, y la nefasta Guardia Rural Indígena (GRIN), compuesta de indios con entrenamiento militar para actuar represivamente contra otros indígenas. Se trataba de “una operación de contención a los indios, tanto en problemas internos como en ataques a ‘civilizados’” (Valente 2017,

p. 73). Las denuncias por maltratos no se hicieron esperar y, en poco tiempo, tanto el “reformatorio” como la GRIN dejaron de existir, aunque sus efectos “permanecieron por décadas en la memoria de sus prisioneros. Las historias que cuentan no revelan apenas dramas personales sino también cómo una política de Estado afectó el curso de la historia de grupos indígenas enteros” (*idem*, p. 76).

A estas alturas, es evidente que las violaciones a los derechos indígenas no son fortuitas sino “sistémicas, en la medida en que resultan directamente de políticas estructurales del Estado, quien responde por ellas, tanto por sus acciones directas como por sus omisiones”.¹⁹ Es aterrador constatar que “más indios murieron por causa de decisiones de la dictadura que las víctimas de otros grupos, armados o no”.²⁰ El sufrimiento infligido a millares de indígenas en nombre de la codicia humana o de la quimera del desarrollo justificaría sentenciar con la pena máxima al Brasil por crímenes de lesa humanidad.

No obstante, siendo las cosas como son, los tribunales sufren con muchos de los vicios que producen tales crímenes y quien denuncia se arriesga a infortunios como este:

El procurador Jáder de Figueiredo, autor del Informe que colaboró para la extinción del SPI, murió en un accidente de bus en 1975. Para la familia, el caso “nunca fue aclarado”. Otro accidente vial, en los años 1990 en Brasilia, mató al *sertanista*²¹ Ezequias Heringer, alias “Xará”,

¹⁶ Resende, 2015, ob. cit., pp.504-505. “En las gestiones del mayor aviador Luiz Vinhas Neves, del general Bandeira Mello y de Romero Jucá [los dos últimos ya de la Funai], por ejemplo, hay casos de graves violaciones de derechos humanos asociados a la extracción de madera y minerales, a la colonización y a obras de infraestructura”. CNV 2014, ob. cit., p. 205.

¹⁷ Comisión Nacional de la Verdad, Vol. II, p. 207.

¹⁸ CNV, Vol. II, Texto 5, p. 205.

¹⁹ CNV, ob. cit., p. 204.

²⁰ Carlos Benítez Trinidad, *Un espejo en medio de un teatro de símbolos: El indio imaginado por el poder y la sociedad brasileña durante la dictadura civil-militar (1964-1969)*, Salvador: Tesis de Doctorado Multi-Institucional y Multidisciplinaria en Difusión del Conocimiento, Sevilla, Doctorado en Historia y Estudios Humanísticos, Europa, América, Arte y Lenguas, Universidad Pablo Olavide, 2017.

²¹ Sertanista: término originado en la conquista del interior del Brasil durante el período colonial por los llamados *bandeirantes*, desbravadores de los *sertões* o *hinterlands*, responsables por la sumisión de innumerables pue-

quien había denunciado la situación de los indios Panará.²²

Nos resta a los intelectuales combatir esos flagelos con el arma que mejor sabemos manejar: la palabra. Con ella podemos dar cuerpo a la indignación, la denuncia, la desidia moral, al alerta.

Los casos que aquí visitaré –xetá, yanomami y avá-canoeiro–, todos víctimas del “desarrollo”,²³ de la rapacidad económica y de la negligencia estatal, fueron objeto de las investigaciones de la CNV; son paradigmáticos por revelar todas las modalidades del genocidio, desde la acción directa del Estado hasta su omisión y connivencia; de la violencia directa y cruda a las sutilezas burocráticas igualmente asesinas. Todos esos casos fueron documentados minuciosamente por antropólogos y están ampliamente registrados en informes, disertaciones, tesis y libros accesibles al público.

Fue la suerte que nos reservaron dispersándonos como animales

Carmen Lucia da Silva, 1998

En 1964, los indios xetá fueron considerados extintos. Vivían al noroeste del estado de Paraná, hablaban una lengua de la familia tupí-guaraní y se supone que en las vísperas de su extinción eran cerca de 200 personas. La CNV examinó el caso y constató que, en 1951, el jefe de la 7ª Inspectoría Regional del SPI, Lourival da Mota Cabral, negó las medidas de protección a los xetá solicitadas por el *sertanista*

Wismar da Costa Filho, después de haber verificado la presencia indígena en el área codiciada por una compañía de colonización. Al negarlas, el jefe argumentó que

“no hay más indios sin contacto en el estado del Paraná”. Mota Cabral fue apuntado por el procurador Jáder de Figueiredo Correia como uno de los funcionarios del SPI involucrados con empresas madereras que se favorecían por la explotación ilegal de madera en tierras indígenas en el sur del país.²⁴

La punzante historia de este crimen de lesa humanidad fue contada con extraordinaria sensibilidad por la antropóloga Carmen Lucia da Silva, quien la recopiló de los pocos sobrevivientes que logró localizar treinta y dos años después. Eran ocho, tres mujeres y cinco hombres, y solo lograron sobrevivir porque fueron raptados en la infancia y adolescencia por terratenientes que invadieron implacablemente su territorio y por funcionarios del SPI.²⁵

En un período aproximado de diez años, los Xetá fueron trágicamente exterminados como pueblo, sin que les restara cualquier alternativa de reacción y resistencia a las embestidas de los colonizadores sobre sus vidas.²⁶

La cronología del genocidio xetá comenzó en 1940 con la “fiebre del café” en el Paraná: “se trabaja, se lucha y se mata por un puñado de tierra que sirva para plantar cafetales”.²⁷ En la década de 1950,

blós indígenas; actualmente se refiere al profesional del indigenismo cuya función ha sido la de contactar pueblos indígenas independientes con la intención de traerlos al control del Estado.

²² Rubens Valente, *Os fuzis e as flechas. História de sangue e resistência indígena na ditadura*, São Paulo: Companhia das Letras, 2017, pp. 388-389.

²³ Gilbert Rist, *The History of Development. From Western Origins to Global Faith*, London: Zed Books, 1996.

²⁴ CNV 2014, ob. cit., p. 224.

²⁵ Carmen Lucia da Silva, *Sobreviventes do Extermínio. Uma etnografia das narrativas e lembranças da sociedade Xetá*, Florianópolis, Disertación de Maestría, Departamento de Antropología, Universidad Federal de Santa Catarina, 1998.

²⁶ *Ibid.*, p. 35.

²⁷ *Ibid.*, p. 2.

el asedio a los xetá se exacerbó. La mal afamada 7ª Inspección estuvo involucrada en este proceso. Funcionarios del SPI buscaron pero no encontraron las aldeas indígenas que estaban en el camino de la Compañía de Colonización Suemitsu Miyamura. Ya en 1952, los agrimensores de la compañía capturaron un niño. A partir de entonces, y hasta 1964, hubo una carrera constante de los colonizadores por la tierra xetá, con tractores en marcha, intentos tímidos del SPI para encontrarlos y “protegerlos” —o sea, sacarlos del camino de los intrusos—, y la fuga continua, desesperada e infructífera de los indígenas, pisados en sus talones por el ronquido de los tractores. Más niños xetá fueron arrancados de sus padres para servir a terratenientes y funcionarios del SPI. El gobernador del Paraná era el millonario Moisés Lupion, promotor del desbrave del noroeste del estado, cuando el SPI desistió de buscar las aldeas xetá y los dio por extintos.

Más allá del escandaloso espolio de las tierras xetá, los invasores y sus cómplices, funcionarios del SPI, perpetraron crímenes aún más graves: atentaron contra la propia reproducción del grupo a través de secuestros seguidos de niños.

El propio Lustosa de Freitas, designado por el SPI responsable por los Xetá, secuestró dos niños a lo largo de ese período... A los intentos de los padres por recuperar a los niños, Lustosa de Freitas respondía con violencia: La mamá estuvo merodeando tres o cuatro días para robarlo [sic]. Un día, ella amenazó con agarrarlo. Fue cuando tomé una vara de pegarle a las vacas y la amenacé. Después de eso,

nunca más intentó. El Mã intentó, llegó a agarrarlo, pero hice la misma cosa.²⁸

Para contar esta infamia del indigenismo brasileño, nada mejor que la voz de la etnógrafa Carmen Lucia da Silva, quien tuvo el privilegio de convivir intensamente con los sobrevivientes, detentores de memorias extraordinarias. Por lo tanto, cito fragmentos de su disertación de maestría para hacer mejor justicia a esta trágica historia.

Cuentan los sobrevivientes Xetá que, antes de que los blancos llegaran e iniciaran la cacería a su pueblo, abriendo trochas y tomando sus tierras, ellos ya habían oído a su gente hablar al respecto de ellos.²⁹

La presencia del [ganado] en el local ya indicaba que los blancos estaban aproximándose y, si no lo estaban, por lo menos pasaban cerca.³⁰ A medida que el tiempo transcurría, el extraño imponía cada vez más el peso de su fuerza sobre el pueblo Xetá. Sus acciones tomaron forma y llenaron de temor a esta sociedad, la cual vivía huyendo de la posibilidad de ser alcanzada por “hombres que andan por el aire y parecen hormigas en el cultivo”.³¹

Las fugas, según Tuca y Kuein, se volvieron constantes por parte de aquellos Xetá que paraban cerca del río Ivaí y buscaron alejarse de éste.³²

A cada peligro, una fuga, una carrera... cada vez más, el cerco se iba apretando y eran muchos blancos venidos de todos los lados.³³

Los blancos nos veían como gente salvaje, mientras quienes nos mataban eran ellos y nosotros corríamos. A veces las personas piensan que solo las armas matan, pero el miedo, las enfermedades, la persecución y la tristeza también matan.³⁴

Viendo el cuervo volar, siguieron su rumbo, fueron adelante, hasta llegar al campamento. Allí encontraron tres personas muertas. Los blancos

²⁸ CNV, 2014, ob. cit., p. 225.

²⁹ Silva, 1998, ob. cit., p. 148.

³⁰ *Ibid.*, p. 153.

³¹ *Ibid.*, p. 155.

³² *Ibid.*, p. 156.

³³ *Ibid.*, p. 157.

³⁴ *Ibid.*, p. 160.

los mataron. Les cortaron la cabeza. Llenaron de pasto la boca de los adultos, después los pusieron lado a lado, el pibe en medio de los padres.³⁵ No teníamos más paradero, dormíamos aquí y allá, pero siempre en el monte. Cuando percibíamos que podíamos ser alcanzados, tomábamos otra dirección. Nuestra vida era andar, escapar, dormir en un lugar y mal despertaba ya iba para otro.³⁶

Inevitablemente, el cerco se cerró y encofró a los xetá de manera irreversible.

Las áreas de tránsito, caza y recolección de algunos grupos familiares estaban disminuyendo vertiginosamente. Los niños y las mujeres se convirtieron en uno de los principales blancos de los intrusos, que, a cada oportunidad, embestían contra ellos para capturarlos.³⁷

Pasaron entonces a despertar el interés del SPI, que organizó tímidas expediciones para localizar lo que restaba de los xetá. Sin embargo, siendo el SPI, y en especial la 7ª Inspección, lo que era, "faltó determinación para encontrar todo nuestro pueblo".³⁸

Desde las noticias iniciales vehiculadas por los colonizadores en 1948/1949 con relación a la presencia de un grupo indígena en la región, esta fue la primera vez [noviembre de 1955] que el SPI tuvo un contacto más próximo con los Xetá... [y] todavía no había tomado cualquier medida para contener el avance de los frentes de ocupación en el territorio del grupo.³⁹ Al contrario, las acciones temerarias de los coloni-

zadores se hicieron más violentas mientras que el estado del Paraná y la Unión, representada por el SPI, eran cada vez más omisos y ausentes con relación a su protección territorial, física y cultural.⁴⁰

Tuca, uno de los sobrevivientes, acompañando a un grupo de investigación de la Universidad del Paraná en busca de la aldea Ajatukã, rastreó un grupo de

aproximadamente 30 personas que había sido visto por un leñador en el interior del bosque, cerca de la quebrada Maravilha. Después de cinco días de caminata..., retornaron sin cualquier noticia de los indios.⁴¹

Un grupo familiar que había sido contactado por la expedición de 1956 fue

bárbaramente exterminado, en el interior del bosque, por un grupo de hombres blancos armados que invadieron la aldea, disparándole a todas las personas que allí estaban. Nhengo logró escapar... Al regresar, encontró muertos a todos, los cuerpos estirados, algunos carbonizados y la aldea quemada... La explicación dada [por periodistas] fue que su aldea había desaparecido por causa de un brote de gripe.⁴²

Alrededor de 1961/1962, el grupo un poco mayor era visto a veces pidiendo fariña con azúcar, por las casas de los campesinos. En las grandes tempestades aparecían empapados, con ropas rasgadas y sucias, pidiendo aguardiente que los caboclos, en general, les enseñaron era bueno para todo [...] En 1963 una joven de aproximadamente 12 años se enfermó y murió en las proximidades de Ivaté, después de pedir

³⁵ *Ibid.*, pp. 160-161.

³⁶ *Ibid.*, p. 162.

³⁷ *Ibid.*, p. 167.

³⁸ *Ibid.*, p. 177.

³⁹ *Ibid.*, p. 179.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 182.

⁴¹ *Ibid.*, p. 185.

⁴² *Ibid.*, pp. 185-186.

fariña con azúcar en la casa de una pareja de inmigrantes italianos.⁴³

Humillación, abandono y robo de dignidad también son armas mortíferas.

1964. Durante los meses de julio y octubre se realiza la expedición de investigación de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de Presidente Prudente, que recorre la región de la Sierra de Dourados en busca de grupos Xetá. No los encuentra.⁴⁴

No faltan ironías lúgubres a ese caso. En 1961, las “autoridades” brasileñas crearon el Parque Nacional de Sete Quedas, que albergaría al pueblo xetá, cuyo territorio “estaba totalmente ocupado y, en gran parte, deforestado”.⁴⁵ Eso nunca ocurrió y el parque fue extinto veinte años después. De belleza impar, Sete Quedas reunía un conjunto de inmensas cascadas en el río Paraná, frontera entre Brasil y Paraguay. En 1982 fueron totalmente sumergidas por la hidroeléctrica de Itaipú. Como el pueblo xetá dieciocho años antes, Sete Quedas desapareció del mapa. No es difícil imaginar lo que pasarían los xetá si, de haber sobrevivido a la masacre terrestre, se vieran amenazados por un ahogamiento colectivo. Parafraseando la expresión inglesa *to add insult to injury*, sería como sumar insulto al asalto.

El efecto del trabajo de Carmen Lucia da Silva es inédito en la historia de la antropología, al menos en Brasil. Encargada por la Funai de Paraná para acompañar el caso de un indígena que esperaba una pericia en un manicomio judicial,

Carmen tuvo allí –por una ironía siniestra– el primer encuentro con los sobrevivientes xetá. Poco a poco, el número fue aumentando, hasta sumar ocho, su universo etnográfico.⁴⁶ Conocerlos, reunirlos, interactuar con ellos reveló aspectos de la etnografía que, generalmente, pasan desapercibidos cuando el campo del etnógrafo es un espacio geográfico y social mínimamente estructurado. No era el caso de Carmen. Lo que resultó de su búsqueda por sobrevivientes xetá en el sur del país es nada menos que aquello que podemos denominar una “aldea virtual”, virtual no en el sentido de que las personas no tengan substancia concreta sino por ser una virtualidad espacial en aquel momento. Ella logró lo que, para algunos de ellos, era impensable.

Hasta hoy por la mañana, yo solo tenía mi marido y mi hijo, me creía sola en el mundo, sin parientes. Ahora me encontré, tengo parientes, tengo hasta hermanos [...]. Es como acostarse pobre y despertarse rica. Tengo hermanos y tíos.⁴⁷

También descubrimos por Carmen una “metodología”, digamos así, de cómo transformar memorias en narrativas. Tres de los sobrevivientes le pidieron una reunión para:

crear un ambiente que les posibilitara evocar los datos de la memoria colectiva xetá, inclusive con narración de historias en la lengua del grupo. Aunque el ambiente fuera una creación artificial, fue importante su concretización para que, en grupo, pudieran contar historias “como en la aldea”, atendiendo así a un deseo que decían tener hace mucho tiempo y que la investigación les despertó y concretizó.⁴⁸

⁴³ *Ibid.*, p. 207.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 204.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 20-34.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 94.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 24.

Para narrar, era necesario contar con la presencia de tres.

Ora uno narraba la historia y otro preguntaba y así sucesivamente. Todos se ayudaban mutuamente, produciendo narrativas compartidas de la memoria colectiva de su sociedad. En el caso, yo y el hijo de Tikuein (Mã), aunque no entenderíamos lo que era dicho, éramos el público para el cual las historias eran traducidas simultáneamente.⁴⁹

De esta formidable experiencia etnográfica surgieron dos consecuencias de cuño diverso, pero igualmente poderosas: una fue la tesis de doctorado de Carmen. Titulada *En búsqueda de la sociedad perdida*,⁵⁰ producto de la intensa interacción de la autora con sus compañeros de investigación, los sobrevivientes xetá. No muestra apenas una sorprendente densidad etnográfica, sino algo tal vez más sorprendente: la capacidad de sus interlocutores para retener en la memoria la lengua, la sociedad y la cultura que les fue robada a tierna edad. La otra consecuencia: convertir la aldea virtual en real por la conquista de una tierra indígena propia, reconocida por el Estado a través de la Funai. Quizás, sin darse cuenta plenamente, Carmen tenía frente a sí un proceso vivo de revitalización étnica. Los ocho sobrevivientes, no teniendo cómo reproducir biológicamente la sociedad perdida, se casaron con personas de procedencias distintas: kaingang, guaraní, no indígena... No obstante, independientemente del género y de la regla de filiación, todos

sus descendientes se declararon xetá. Como un fénix cerebral, la aldea virtual tomó cuerpo y se recreó.

Ningún esfuerzo de síntesis es capaz de hacer una pálida sombra de justicia a la densidad etnográfica y emotiva del trabajo de Carmen Lucia da Silva. Me arrego la tarea de registrar el caso xetá porque es urgente divulgar su historia lo más ampliamente posible, una vez que, inexplicablemente, su disertación de maestría continúa inédita. Miembro del jurado que la evaluó en 1998, fui alcanzada de lleno por la tragedia xetá, especialmente porque resonó en mí, como un eco lancinante y un *déjà vu* devastador, de lo que testimonié pocos años antes entre los yanomami en el norte de Brasil, a lo cual me volcaré ahora.

¡Fue genocidio!

Luciano Mariz Maia, 2001

Al final de 1970, cuando terminé la primera fase de mi investigación de campo con los sanumá, el subgrupo más septentrional de los yanomami, ellos, como tantos otros yanomami, no sabían que existía la palabra "indio". A lo largo de esa década, un número creciente, principalmente aquellos yanomami afectados por la apertura de carreteras, la minería y los proyectos de colonización, se familiarizó con la dicotomía indio/blanco al sentir en la piel los efectos de la discriminación, del prejuicio, la expropiación, en el duro aprendizaje de colonización de la consciencia.⁵¹ En veinte años, virtualmente todos los cerca de 25 mil yanomami en Brasil⁵² pasaron a sentir el gusto amargo de ser "indio" en el medio hostil de la in-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁰ Carmen Lucia da Silva, *Em Busca da Sociedade Perdida. O trabalho da memória Xetá*, Brasília, Tesis de Doctorado, Departamento de Antropología, Universidad de Brasília, 2003, 285 pp.

⁵¹ Jean Comaroff y John Comaroff, *Of Revelation and Revolution. Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*, Vol. I, Chicago: University of Chicago Press, 1991, p. 224.

⁵² La familia lingüística yanomami ocupa la región del divisor de aguas entre la cuenca del Amazonas y la del Orinoco. Con un total estimado en 35 mil personas que residen en innumerables aldeas en Brasil y Venezuela; en este último país cuenta con más de 11 mil personas, según datos de 2011 (ISA https://socioambiental.org/pt/Povo:Yanomami#Localiza.C3A7.C3o.A3o_e_popul.C3.C7.C3.A3o). Acceso 19/06/2018.

teretnicidad con el mundo “moderno”, si así se puede llamar la rudeza de la frontera social entre indígenas y no indígenas.

Al contrario de los xetá, los yanomami en tierras brasileñas llegaron al siglo XXI con un territorio de casi nueve millones y medio de hectáreas oficialmente demarcadas en 1992 –la Tierra Indígena Yanomami– y una población en crecimiento. Salvados del destino de los xetá, que fueron desplazados de sus propias tierras y abandonados a la muerte por sus supuestos protectores, los yanomami contaron con un contingente de aliados –reunidos alrededor de la Comisión Pro-yanomami creada en 1978– que, por más de trece años, se enfrentaron a un Estado dictatorial y una tropa de empresarios dispuestos a todo, con la intención de protegerlos del exterminio que segara a tantos pueblos indígenas desde 1500.

No obstante, el siglo XX no fue nada gentil con los yanomami. Como muchos otros pueblos indígenas de la Amazonia, fueron golpeados por proyectos de desarrollo del régimen militar que, con sus manías de grandeza y fantasías geopolíticas, contribuyeron a la destrucción de centenas de sociedades indígenas de aquella región. Ese fue el famoso “milagro brasileño”.⁵³ Los yanomami no escaparon del flagelo militar. Me limitaré aquí a tres episodios que ocurrieron en la segunda mitad del siglo XX y que produjeron inmenso sufrimiento a prácticamente toda la población yanomami en Brasil: el Proyecto Calha Norte, la invasión garimpeira y la masacre del Haximu.

Elaborado como un secreto de seguridad nacional en 1985, y filtrado al público un año después, el Proyecto Calha Norte proponía

la construcción de una vasta infraestructura –aeródromos, carreteras, cuarteles, escuelas, bancos, distribuidoras de alimentos– para hacer posible la “vivificación” del área de frontera internacional. Por vivificación quiere decirse el asentamiento de colonos brasileños y la instalación de proyectos mineros que demuestren el poder y control del Estado brasileño, con el objetivo de ganar hegemonía geopolítica en la región amazónica.⁵⁴

El Proyecto Calha Norte incluye la construcción de cuatro batallones y siete aeródromos en territorio Yanomami. La justificación para este aparato militar era, inicialmente, el mejor control de la zona de frontera y el mantenimiento del orden en el proceso de colonización del área. El embuste de esa retórica quedó en evidencia cuando las Fuerzas Armadas se omitieron en la prevención y control de las actividades desordenadas e ilegales de decenas de millares de garimpeiros que, a partir de agosto de 1987, invadieron las tierras Yanomami.⁵⁵

Episodio revelador de los intereses ocultos de los idealizadores del Proyecto Calha Norte fue lo que ocurrió en la aldea Paapiú en 1986. Una pequeña pista de aterrizaje de unos 300 metros que servía a la Misión Evangélica de la Amazonia fue seleccionada por los militares para la supuesta vigilancia de las fronteras. La Fuerza Aérea la amplió a cerca de mil metros;

los cien metros de cada lado de la pista pasaron a ser área de seguridad nacional. Por eso, los Yanomami fueron obligados a demoler su gran casa comunal que, por casualidad, habían construido mucho antes dentro de esa franja de cien metros. Como los militares no tenían cualquier plan de construir una base en ese lugar, se fueron cuando completaron el trabajo, dejando para atrás los escombros de la casa comunal

⁵³ Davis, 1978, ob. cit.

⁵⁴ Alcida Ramos, *Seduced and Abandoned...*, ob. cit., p. 59.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 60.

Yanomami y un mal equipado puesto de la Funai. Pocos meses después, la pista fue invadida por centenas de garimpeiros en busca de oro⁵⁶

y la tal área de seguridad nacional fue tomada por barracas cubiertas por el plástico azul típico de los campamentos garimpeiros. En suma, las pistas de aterrizaje de las Fuerzas Armadas sirvieron de punta de lanza para el avance fácil y desobstruido de depredadores de los recursos y las vidas de los yanomami. Una década antes, sin embargo, llegaron las carreteras.

Anterior al Proyecto Calha Norte, la carretera Perimetral Norte hacía parte del Proyecto de Integración Nacional (PIN) idealizado por los últimos gobiernos militares. Pretendían abrir la Amazonia al mercado por medio de la construcción de carreteras y de una maciza colonización a sus orillas. Fue en esa fase que los pueblos indígenas sufrieron uno de los mayores reveses de su historia, lo cual generó una densa bibliografía sobre el exterminio indígena y ambiental en la región.⁵⁷

También ese proyecto pretendía seccionar en pequeñas áreas intercaladas por corredores destinados a la explotación comercial las tierras indígenas de los tikuna, tukano y yanomami, entre otros.⁵⁸

La apertura de la quimérica carretera Perimetral Norte –que, al decir de la épo-

ca iba de la nada a ningún lugar– comenzó al oriente de la conjunción con la carretera Manaos-Caracaraí, en el estado de Roraima, y terminó abruptamente cerca de 400 kilómetros monte adentro, ya en el estado de Amazonas, al occidente. Su construcción tomó por asalto una serie de aldeas yanomami en los estados de Roraima y Amazonas, causando epidemias y alta mortalidad.

La abertura de la Perimetral trajo centenas de hombres y máquinas a los valles de los ríos Ajarani y Catrimani que hasta entonces se mantenían relativamente aislados del mundo exterior [...] Después de la construcción se volvió fácil viajar para bien adentro del área indígena... Una multitud de operarios de salud precaria irrumpió en las pequeñas comunidades Yanomami, ofreciendo comida y bebida, seduciendo a las mujeres y esparciendo una profusión de enfermedades contagiosas. Un año después, prostitución y mendicidad eran penosamente visibles. Pero lo peor fue el efecto devastador de la diseminación microbiana.⁵⁹

Antes del comienzo de la construcción, la población de cinco aldeas de aquella región era de 102 personas. Dos años después eran 63, o sea, más del 40% de aquellas aldeas sucumbió a la virulencia traída por la construcción. Si los números parecen modestos, comparémoslos en

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 60-61.

⁵⁷ Ver, por ejemplo, Françoise Barbira-Scazzocchio (comp.), *Land, People and Planning in Contemporary Amazonia*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980; Stephen G. Bunker, *Underdeveloping the Amazon: Extraction, Unequal Exchange, and the Failure of the Modern State*, Champaign: University of Illinois Press, 1985; Emilio F. Moran, *Developing the Amazon. The Social and Ecological Consequences of Government-Directed Colonization Along Brazil's Transamazon Highway*, Bloomington: Indiana University Press, 1981; Lúcio Flávio Pinto, *Amazônia: No rastro do saque*, São Paulo: Hucitec, 1980; Mariane Schmink y Charles H. Wood (comps.), *Frontier Expansion in Amazonia*, Gainesville: University of Florida Press, 1984; Mariane Schmink y Charles H. Wood, *Contested Frontiers in Amazonia*, New York: Columbia University Press, 1992.

⁵⁸ Bruce Albert, "Développement Amazonien et sécurité nationale: Les indiens Yanomami face au Projet Calha Norte" em Bruce Albert (comp.), *Brésil: Indiens et développement en Amazonie*. Número especial de *Ethnies: Revue de Survival International* (Francia) 11-12, 1990, pp.116-127; Bruce Albert, Territorialité, ethnopolitique et développement: à propos du mouvement indien en Amazonie brésilienne. *Cahiers des Amériques Latines* 23, 1997, pp. 177-210; Karenina Vieira Andrade, *O Projeto Calha Norte e suas transformações*, Brasília: Disertación de Maestría, Departamento de Antropología, Universidad de Brasília, 2003; Alcida Rita Ramos, "Amazônia: A estratégia do despredício" en *Dados. Revista de Ciências Sociais* 34(3), 1991, pp. 443-461; Ramos, 1998, capítulo 8.

⁵⁹ Alcida Rita Ramos, *Sanumá Memories. Yanomami Ethnography in Times of Crisis*, Madison: University of Wisconsin Press, 1995b, p. 272.

porcentaje a lo que correspondería a un cataclismo que cayera sobre el Brasil y matara al 40% de sus 204 millones de habitantes. Así como 81 millones de brasileños harían mucha falta al país, también la ausencia de 39 personas afectó drásticamente la vida de los sobrevivientes.

De las obras de infraestructura del Proyecto Calha Norte a la gran invasión garimpeira todo ocurrió como en un abrir y cerrar de ojos. Ya en febrero de 1987, menos de un año después de la filtración del proyecto, en pleno Carnaval, un bando de garimpeiros, vestidos con uniformes del Ejército y comandados por el empresario José Altino Machado, invadieron la pista de aterrizaje de la Sierra de Surucucus, corazón geográfico y demográfico de la tierra yanomami. En enero de 1988, ya eran 10 mil garimpeiros que extraían 30 kilos de oro por día.⁶⁰ Desde mediados de 1987 a enero de 1990, el auge de la carrera del oro, se estima que cerca de mil yanomami, el 14% de su población en Roraima, murieron, principalmente por enfermedades como la malaria.⁶¹ El número de garimpeiros fue creciendo hasta cerca de 45 mil en 1990, cuando el escándalo de la mortandad yanomami llegó a la prensa nacional e internacional y el gobierno nacional se vio obligado a dar explicaciones.

Ignorando las órdenes de militares y del gobernador de Roraima –el notorio Romero Jucá, que de la presidencia de la Funai pasó a gobernar el estado y hoy es un senador de la República que encabeza la lista negra de la justicia por crímenes de corrupción–, que prohibían la entrada de antropólogos, agentes de salud y misioneros católicos a la tierra yanomami mientras que los garimpeiros hacían su trabajo de diezmar a los indios, el entonces presidente José Sarney, presionado por la opinión

pública, las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, convocó a todos los profesionales vetados por los protectores de los garimpeiros para volver al área y ayudar a contener las frecuentes epidemias de malaria que se extendían por casi toda la tierra indígena.

En junio de 1989, después de un torrente de malas noticias provenientes del área relacionadas al estado de salud de los yanomami y a los estragos ambientales causados por la minería, una comitiva de la Acción por la Ciudadanía –grupo constituido por parlamentarios, miembros de la Iglesia, representantes de asociaciones científicas y ONG– fue a Roraima para obtener información de primera mano.

“¡Esto es un Vietnam!”, exclamó uno de los parlamentarios ante la visión apocalíptica de aviones y helicópteros en constante movimiento que saturaban la pista de Paapiú en medio de un ruido infernal y sin tregua. Allí, la larga franja de casi un kilómetro, continuamente surcada por aviones de diversos tamaños, hollada por constantes olas de peones, empresarios, comerciantes, prostitutas y Yanomami de todas las edades y de ambos sexos, servía de escenario para uno de los capítulos más trágicos de la corta historia del contacto de los Yanomami con el mundo exterior. Sus cultivos fueron convertidos en cráteres inmensos abiertos con chorros de agua, sus vías de comunicación en el monte fueron cortadas por otros tantos cráteres, haciendo con que varias comunidades quedaran aisladas unas de las otras. Los animales de caza huyeron del ruido ensordecedor de aviones y máquinas, los peces murieron por la contaminación de los ríos.⁶²

En 1990, tuvimos las primeras estadísticas confiables. En apenas dos años, se estima que 23% de los yanomami afec-

⁶⁰ CEDI (Centro Ecumênico de Documentação e Informação), *Aconteceu. Povos Indígenas no Brasil*, São Paulo: CEDI, 1987/88/89, p. 176.

⁶¹ Fundação Nacional de Saúde, *Primeiro Relatório do Distrito Sanitário Yanomami*. Ms, 1991, p. 73.

⁶² Alcida Rita Ramos, “O papel político das epidemias. O caso Yanomami” en Miguel Bartolomé (comp.), *Ya no hay lugar para cazadores*, Quito: Abya-Yala, 1995c, pp. 61-62.

tados por la minería murieron por malaria o por las balas de los garimpeiros. En las regiones del Paapiú y Surucucus, corazón del área yanomami en el Brasil, donde prácticamente no existía malaria, algunas comunidades fueron acometidas por ella, que afectó hasta el 91% de sus habitantes.

En el Paapiú, 43% de las personas perdieron de uno a diez parientes cercanos. Comunidades enteras fueron devastadas por las olas continuas de epidemias de malaria, y los pocos sobrevivientes se vieron obligados a asilarse con parientes distantes, muchas veces en tensas condiciones sociales.⁶³

Además, en esas dos regiones, 13% de los niños perdieron padre, madre o ambos entre 1987 y 1990. Niños huérfanos comenzaron a aparecer en Boa Vista, capital de Roraima, donde funcionarios de la Funai y otros los tomaron para criarlos. Aparentemente humanitaria, esa práctica ocurría en un contexto exacerbado de prejuicios de la población regional contra los indígenas. Además, cuantos más niños fueran desarraigados de la convivencia yanomami, más difícil sería la recuperación demográfica del grupo.

Se tomaron varias medidas para intentar detener la invasión garimpeira y su catastrófico impacto. "En Brasilia, el Procurador General de la República demandó el reconocimiento oficial de los nueve y medio millones de hectáreas del territorio Yanomami",⁶⁴ mientras un juez federal ordenó su interdicción y la remoción de todos los no indígenas que estaban allí ilegalmente. Sin embargo, las invasiones de garimpeiros, más o menos intensas, continúan hasta hoy.

En aquella coyuntura, el caso yanomami

logró congregarse en una misma arena política a un número insólito e inesperado de personajes discordantes con posturas e intereses lo más antagónicos posibles, o sea: el capital salvaje de los empresarios del oro, las masas arruinadas de peones desenraizados, los indios Yanomami y su multiplicidad interna, el gobierno local abiertamente a favor de ese tipo de extracción de oro, el gobierno federal oscilando como un péndulo entre atender los intereses privados y mantener una imagen de democracia, el poder judicial local al servicio de los poderes económicos y el poder judicial federal al servicio del estado de derecho.⁶⁵

Como si no bastara todo eso, en 1993, ocurrió la masacre del Haximu, durante una disputa de cerca de veinte garimpeiros brasileños en tierras yanomami del lado venezolano, generada por la extracción ilegal de oro. Dieciséis yanomami, en su mayoría mujeres y niños, fueron ejecutados a machete y armas de fuego en un campamento en el monte cercano a la aldea Haximu, en la frontera entre Brasil y Venezuela. Los detalles de la masacre fueron recogidos por el antropólogo Bruce Albert⁶⁶ y ampliamente divulgados en la prensa nacional e internacional. Cuatro de esos garimpeiros fueron condenados a cerca de 20 años cada uno por el Superior Tribunal de Justicia por el crimen de genocidio. Décadas después, apenas uno continuaba preso. "Entre los demás involucrados, algunos murieron pero la mayoría desaparecieron por los malos caminos de la Amazonia brasileña".⁶⁷

Cuando el Procurador de la República, Luciano Maia, calificó la masacre como genocidio, se basó en sólidas evidencias, como la impersonalidad y la in-

⁶³ Alcida Ramos, *Sanumá Memories...*, ob. cit., p. 279.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 277.

⁶⁵ Alcida Ramos, *O papel político das epidemias...*, ob. cit., pp. 82-83.

⁶⁶ Albert, 2001, ob. cit., pp. 39-50.

⁶⁷ ISA (Instituto Socioambiental), Notícias Socioambientais 13/09/2007. <https://site-antigo.socioambiental.org/>

tención de eliminar a todo un grupo “por la única condición de que las víctimas fueran Hwaximëutheri”.⁶⁸ Y concluye: “¡Fue genocidio!”.⁶⁹

Después de los grandes reveses del siglo XX, los yanomami que, afortunadamente, nunca llegaron a los extremos del genocidio que victimó a los xetá y tantos otros pueblos indígenas en Brasil, mantienen la mayor parte de su tierra protegida y su gente creciendo, a pesar de que el problema crónico de las invasiones garimpeiras todavía está lejos de acabar.

La rendición no vino en forma de una armónica “confraternización” entre extraños, conforme la versión oficial, sino en la forma de un aprisionamiento humillante en el cual los Avá-Canoeiro no fueron considerados como plenamente humanos por el Estado

Patrícia de Mendonça Rodrigues, 2018

Los avá-canoeiro, pueblo indígena tupí-guaraní, que en el siglo XIX contaba con cerca de tres mil personas, vio su sociedad mutilada en ese siglo por la guerra que sufrieron debido al avance de la conquista del interior del Brasil. Hoy, las dos partes fracturadas –los avá del río Tocantins y los avá del río Araguaia– ya no se reconocen más como parientes, aunque básicamente hablen la misma lengua. Con muchos puntos en común con el exterminio de los xetá, la historia de los avá-canoeiro también es contada meticulosamente por la antropóloga Patrícia de Mendonça Rodrigues. Así como es imposible hacer justicia al relato de Carmen Lucia da Silva sobre los xetá, también el de Patrícia es impermeable al resumen y la paráfrasis. Su estilo cau-

tivante prende al lector a lo largo de las casi 500 páginas del manuscrito de 2018 que, en poco tiempo, deberá transformarse en libro. Allí está plasmado uno de los más abyectos ejemplos de genocidio perpetrados contra una nación indígena. También aquí sigo los pasos de la autora por el trágico periplo de los avá-canoeiro del Araguaia.

—
Cuando se refieren a los hechos protagonizados por el Frente de Atracción, los Avá-Canoeiro del Araguaia siempre hablan sobre el evento crítico que marcó la derrota final –después de dos siglos de resistencia activa y rechazo al intercambio pacífico– como el tiempo en que “Apoena nos agarró”... los indios acorralados fueron literalmente capturados por agentes armados del estado brasileño. El relato es digno de una violenta cacería de animales salvajes o de una expedición de conquista del siglo XVI en busca de esclavos indígenas, de manera que los Avá no están recurriendo a una metáfora o a una expresión fuerte para decir que fueron atrapados.⁷⁰

—
Fue en 1973-1974.

Apoena Meireles, el funcionario de la Funai autor de esta proeza, obtuvo con ella su reputación de *sertanista* elevada casi al heroísmo.

—
La construcción de una imagen heroica y romántica de esta empresa fue hecha en entrevistas de la gran prensa a Apoena Meireles, donde la captura de los Avá-Canoeiro fue descrita como una victoria del Estado.⁷¹

La forma como el “contacto” fue realizado fue mucho más brutal de lo que aparece en los boletines oficiales de la época, que intentan

noticias/nsa/detalhe?id=2527 (acceso 21/06/2018).

⁶⁸ Luciano Mariz Maia, *Haximu, Foi genocídio! Documentos Yanomami* 1, Brasília: Comissão Pró-Yanomami, 2001, p. 28.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 36.

⁷⁰ Patrícia de Mendonça Rodrigues, *Taego Áwa, Um Nome de Mulher para a Terra-Mãe Sonhada. Resiliência de um povo tupi, os Avá-Canoeiro do Araguaia*. Manuscrito inédito, 2018, P.291.

⁷¹ Patrícia de Mendonça Rodrigues, “Os Avá-Canoeiro do Araguaia e o tempo do cativo”, *Anuário Antropológico* 38 (1), 2013, p. 97.

ostensiblemente engrandecer lo hecho por los *sertanistas* y ocultar la violencia de los procedimientos adoptados.⁷²

final, aún más frente a una aproximación tan asustadora, hecha por desconocidos armados, gritando, gesticulando, saltando y soltando fuegos artificiales.⁷⁶

Denise Maldí, antropóloga y esposa de Apoena, creó una visión edulcorada del asalto y aprisionamiento de las víctimas, al decir que “los Avá-Canoeiro ‘quisieron acompañar’ al *sertanista* hasta la hacienda o que ‘nunca hubo problema con los Avá-Canoeiros’ después del encuentro en el monte”. No obstante, continúa Denise, “‘lo que preocupaba era Barbosa (Sido-vi), el más tierno, el más gentil de los cuatro’ Xavante”,⁷³ que, en medio de la refriega, fue flechado en la nariz.

Ejemplificando lo que Neil Whitehead llamó *ethnic soldiering*,⁷⁴ la tropa de captura comandada por Apoena Meireles contaba con cuatro indios xavante, “grupo indígena con el cual él y su padre... tenían gran familiaridad”,⁷⁵ pues el padre, Francisco Meireles, *sertanista* del SPI, había “pacificado” a los xavante dos décadas atrás. Contra los intentos de los agresores de “dorar la píldora”, creando la fantasía de intercambio de abrazos y sonrisas con los indios, la versión de los avá es bien diferente. Y aunque la versión oficial no fuera conocida, el hecho de que

De sopetón, la entrada escandalosa de inmediato cometió el primer asesinato cuando “el equipo del *sertanista* entró disparando al campamento, alcanzando a una niña avá-canoeiro que días después, en Mata Azul, falleció en los brazos de su madre”.⁷⁷

De ahí en adelante, un rosario de humillaciones tomó a los sobrevivientes que no lograron escapar. Desarmados de sus flechas,

fueron aprisionados, con una única cuerda, en fila india, durante toda la “penosa” caminata por las sabanas inundadas hasta Capão de Areia [...] Los indios fueron conducidos a pie y amarrados hasta la distante sede da la hacienda Canuanã.⁷⁸

Fueron llevados a un

patio cercado de una pequeña farmacia, donde eran espiados con mucha curiosidad por los visitantes, que se turnaban sin parar para ver a los “indios en pelota y presos”. Un funcionario de la Hacienda Canuanã comentó “que los indios fueron cercados por sus ‘domadores’”^[79] [...] También fueron llevados a un pueblo vecino para ser nuevamente puestos a vista de los curiosos.⁸⁰

todo el contexto histórico de masacres y persecuciones que transformaron a los Avá-Canoeiro en especialistas en fugas repentinas... es imposible que alguien crea que los Avá hayan aceptado dócilmente la rendición

⁷² Patrícia de Mendonça Rodrigues, *Terra Indígena Taego Áwa. Relatório Circunstanciado de Identificação e Delimitação*, Brasília: Fundação Nacional do Índio, 2012, p. 209.

⁷³ *Ibid.*, pp. 215-216.

⁷⁴ Neil L. Whitehead, *Carib Ethnic Soldiering in Venezuela, the Guianas, and the Antilles, 1499-1820*, *Ethnohistory*, 37 (45) 1990, pp. 358-385.

⁷⁵ Rodrigues, *Os Avá-Canoeiro do Araguaia...*, ob. cit., p. 98.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 99.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 100.

⁷⁸ *Idem.*

⁷⁹ *Ibid.*, p. 102.

⁸⁰ CNV, ob. cit., p. 228.

Para exacerbar más el sufrimiento de los avá-canoeiro, los javaé de la GRIN, la notoria Guardia Rural Indígena, pasaron a ser su guardia policial.

La GRIN vigiló ostensivamente a los Avá-Canoeiro como policías vigilan criminales, en una situación de sumisión de los Avá-Canoeiro a sus antiguos enemigos [los Javaé] fomentada por el propio Estado.⁸¹

Los Avá-Canoeiro perdieron definitivamente su mínima autonomía y las tierras que ocupaban, de interés también de los Javaé, para latifundios. En la aldea Canoanã, donde la mayor parte del grupo vive hasta hoy, los Avá-Canoeiro pasaron a vivir como “derrotados” en graves condiciones de degradación física y moral, sufriendo severas restricciones alimenticias, segregación, marginalización social y humillaciones de naturaleza variada... En esa posición subalterna [...] fueron asimilados culturalmente por los Javaé a la categoría tradicional *wetxu*, referente a los enemigos derrotados en la guerra que se volvían cautivos de los vencedores [...] los Kyrusa, término peyorativo como los Avá son conocidos hoy por los Javaé, fueron incorporados como seres humanos inferiores o no plenamente humanos.⁸²

De esa desgarradora experiencia restaron apenas cinco personas Avá-Canoeiro.⁸³

De los que fueron capturados, “la única persona que tuvo hijos y garantizó la reproducción de su pueblo fue *Kaukamy*, conocida por el apodo peyorativo de “Macaquira”.⁸⁴ *Kaukamy*, madre de una prole numerosa,

teniendo hijos de uniones no reconocidas socialmente, o de ningún prestigio social, logró romper el destino trazado para ella por el órgano indigenista [que intentaba controlar sus rela-

ciones conyugales], garantizando a su manera la perpetuación de los Avá-Canoeiro.⁸⁵

Los descendientes de *Kaukamy*, independientemente de con quién se casaron, son hoy un grupo que se llama *ãwa*. Reminiscente de la situación de los *xetá*, los avá-canoeiro salieron de una condición prácticamente de tierra arrasada para otra de visible recuperación demográfica y social. Las cinco personas que sobrevivieron al asalto armado y al cautiverio, en 40 años, se volvieron 27 en 2017. También semejante al caso de los *xetá*, los avá-canoeiro ahora tienen su propia tierra –aunque es una fracción de la original– debidamente reconocida por el Estado brasileño como Tierra Indígena *Taego Áwa*.⁸⁶

Durante décadas, los Avá-Canoeiro recibieron migajas de la Fundación Bradesco/Hacienda Canuanã [...] en compensación por la tierra sustraída. Por varios años, los Avá-Canoeiro, un pueblo de eximios cazadores, se sometieron a la humillación de frecuentar el basurero de la hacienda-escuela, que estaba situada en una antigua área de caza.⁸⁷

La reconquista de su territorio, si bien disminuido, se debe a su determinación de resistir al exterminio.

No obstante, como dice el dicho inglés, *old habits die hard* (viejos hábitos resisten a la muerte): no todos los sinsabores pertenecen al pasado. El siglo XXI trajo educación formal a la nueva generación avá-canoeiro. Sin embargo, todavía sufren el rencor atávico de los javaé y de los habitantes de la región. A lo largo de su cautiverio, lograron crear

⁸¹ *Ibid.*, p. 103.

⁸² *Ibid.*, p. 109.

⁸³ Rodrigues, Taego Áwa, *Um Nome de Mulher...*, ob. cit., p. 310.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 312.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 317.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 420.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 326.

vínculos de amistad, a pesar de ser conocidos peyorativamente como los hijos de los Cara Negra que fueron atrapados en el monte y que comían ratones, además de ser asociados al canibalismo por algunos alumnos de la escuela en claras demostraciones de asedio moral.⁸⁸

Patrícia de Mendonça Rodrigues rinde homenaje a los avá-canoeiro tal vez de la mejor manera que una antropóloga sensible podría hacer:

El sentimiento de apego visceral a la tierra, a los antepasados y a los muertos parece no ser más que la reproducción en otro plano, de la fuerza del vínculo amoroso que los Áwa demuestran entre sí y con sus niños, como si la conexión profunda entre los parientes fuera la medida básica de las relaciones y no la guerra a los enemigos, modo como fueron representados en la literatura durante siglos y que los introduce en el clásico complejo tupí de sociedades guerreras. A pesar de siglos de guerra y resistencia, fue el amor cuidadoso de unos por los otros y de la transformación de los hijos de "otros" en parientes amados, dentro de una lógica de incorporación de la alteridad y también de la nutrición de vínculos de parentesco, cuya resiliencia se forjó en un ambiente hostil.⁸⁹

Sobre el principal responsable por la última tragedia de los avá-canoeiro del Araguaia, queda aquí la ironía del devenir. "Apoena Mireles murió en 2004... habiendo pasado tantos peligros en las selvas, Apoena murió en plena ciudad, por tiros disparados por un asaltante, cuando retiraba dinero de un cajero electrónico en el centro de Porto Velho.⁹⁰

Si quien lee los relatos arriba descritos fuera llevado a imaginar que estos representan el ápice de la ferocidad y la desi-

dia contra los pueblos indígenas en Brasil, temo desilusionarlo. Basta leer el Informe de la Comisión Nacional de la Verdad, Volumen II, texto 5, de 2014. Desfilan por sus 58 páginas los crímenes perpetrados contra indígenas solamente en los años de la dictadura militar (1964-1985). Nos enteramos del desalojo del pueblo parakanã por la Hidroeléctrica de Tucuruí; de la saga de los guaraní kaiowa a lo largo de décadas de robo de tierras, asesinatos y constantes desplazamientos; de la casi extinción de los xavante de Marãiwatsédé para atender a los deseos de los propietarios de la hacienda Suiá-Missú, que para eso contaron con la ayuda de representantes del Estado, empresarios y misioneros salesianos (ver también Rodrigues, s.d.); de los avá-guaraní, desalojados sin tregua para dar lugar a la Hidroeléctrica de Itaipú; de los nambiquara, acosados por la construcción de la carretera Cuiabá-Porto Velho⁹¹ y asolados por el sarampión y los herbicidas químicos; de los tapayuna, víctimas de envenenamiento y armas de fuego; de los arara, en fugas causadas por la creación de otra quimera, la carretera Transamazónica; de los panará, diezmados, humillados y relocalizados al lado de enemigos tradicionales; de los cintas largas, víctimas de ataques a dinamita y microbios, etc., etc., etc. La extensión de la lista corresponde simbólicamente a la extensión del Brasil. Es la gigantesca obra perversa de un gigantesco país; es el cómputo de una nación plural que, como tantas otras de estas Américas, rechaza esa pluralidad porque, al final de cuentas, esa pluralidad es un eterno recordatorio del hecho incontrovertible de que Brasil y todos los otros se construyeron sobre los escombros indígenas que ellos mismos crearon.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 327.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 420.

⁹⁰ Rubens Valente, *Os fuzis e as flechas. História de sangue e resistência indígena...*, ob. cit., p. 388.

⁹¹ David Price, *Before the Bulldozer. The Nambiquara Indians and the World Bank*, Cabin John/MD/Washington DC: Seven Locks Press, 1989.

A juzgar por la galería de horrores que ha sido la política indigenista, desde sus inicios, la nación brasileña se asienta en un inmenso cementerio indígena. Indigente como ha sido con relación a la educación universal de sus ciudadanos, Brasil muestra poca voluntad para aprender con esas lecciones.

¿Quién podría imaginar que después del siglo XX vendría a continuación el siglo XI?

Amós Oz, 2004

Las viñetas que aquí uso a guisa de subtítulo son un tributo a aquellas personas que estuvieron, en su gran mayoría, al borde del abismo cavado por el genocidio moderno. A ellas agradezco haberme dado la sensación reconfortante, por paradójico que esto parezca, de que la integridad y dignidad humanas resisten a todo y a todos. Fueron la integridad y la extraordinaria resiliencia de los pueblos indígenas de las Américas lo que los trajo, vivos y alertas, al siglo XXI, a pesar de todos los

esfuerzos de la “civilización” cristiana por destruirlos. Este artículo es un gesto de mi profunda admiración por los indios, admiración que me acompaña desde mis primeros pasos en la antropología.

Lo que no me mata me fortalece.

Stefan Zweig, *O mundo insone e outros ensaios*

In memoriam. Este trabajo fue escrito cuando, lejos, mi amiga y colega Dominique Buchillet enfrentaba la muerte. La dedicación de una vida al estudio de la salud y del chamanismo desana le valió la admiración de quien la conoció. A ella y a todos los indígenas que, aunque muertos, pueblan este texto, mi sentida dedicatoria.

Agradecimientos

Muchas gracias a Luis Cayón y Patricia de Mendonça Rodrigues por la solidaridad que prestaron a este trabajo.

Traducido por Luis Cayón. —